

El libro de Torres García, que aquí he tratado de reseñar, es un libro meritorio. El autor se muestra honrado en el conocimiento de las fuentes caristas y acertado en el conjunto de sus apreciaciones. Desde luego todo no ha sido afortunado: algunos juicios resultan discutibles y otros definitivamente inaceptables. Creo, con todo, que este libro puede considerarse como ejemplar en su género.

CARLOS VALDERRAMA ANDRADE.

Instituto Caro y Cuervo, Bogotá.

RAFAEL HELIODORO VALLE, *Bibliografía de Hernán Cortés*. (Publicaciones de la Sociedad de Estudios Cortesianos, núm. 7). México, Edit. Jus, 1953. 269 págs.

Los estudios bibliográficos constituyen hoy un medio indispensable y una ayuda efectiva en el desarrollo de todo tema, sea literario, científico o artístico. No solamente orientan a los escritores, sino que les abrevian su trabajo y contribuyen a hacerlo más completo. Son los auxiliares más eficaces de la labor intelectual contemporánea. No es extraño que esta materia se haya cultivado y difundido en América en forma ya considerable y que cuente con corifeos del linaje de Rafael Heliodoro Valle, escritor hondureño, autor de la presente *Bibliografía de los escritos de Hernán Cortés*, publicada bajo los auspicios de la Sociedad de Estudios Cortesianos, de la que es miembro fundador, sociedad que tiene por objeto investigar la vida y la obra del gran conquistador mejicano, y que se encamina hacia la verdad siguiendo el precepto de la filosofía tomista de buscar la verdad como término medio entre extremos contrarios. No acepta "la hostilidad deliberada [ni] la admiración ciega que han impedido por mucho tiempo apreciar con justeza de ánimo a Cortés" (pág. 3).

El autor está impregnado de esta verdad histórica: la Providencia de Dios, que guía los destinos de las naciones hacia el fin que les tiene señalado, acumuló en España las fuerzas materiales y espirituales necesarias para plasmar con ellas una forma de civilización digna de ser extendida por la sobreza de nuestro globo, y expresada por una de las lenguas más ricas y armoniosas, sino la más, entre todas las que se han hablado y escrito. Dentro de este ambiente que va sumando lo medieval, lo caballeresco, lo católico y lo nacional, lo renacentista y la pujanza guerrera, se construye la gloria del imperio que expande la corona del César Carlos V. De aquí que los hombres ilustres de esta época tengan un carácter heroico y estén movidos por la energía indomable de una conciencia letrada y guerrera que los impulsa a la universalización de su imperio y al brillo de la gloria. No son almas vulgares que se satisfacen con "montes cubiertos de oro fino"¹, sino

¹ JUAN DE CASTELLANOS, *Obras*, Tomo I, Edición de Parra León Hermanos, Caracas, Edit. Sur América, 1930, pág. 419.

espíritus heroicos que buscan la gloria en la realización de las hazañas a que se sentían destinados por una secreta intuición que poseían del papel personal que les tenía señalada la historia del mundo. Uno de estos grandes hombres fue Hernán Cortés. Que como todos los españoles de su época ostentaba el rasgo grande e invaluable de su patria: el humanismo clásico adquirido por la nación española después de trabajo gigantesco y secular. Esta cultura humanista explica por qué Cortés entendió tan a fondo y practicó el principio del bien común, principio tomista aplicable a gobernantes y gobernados. A más de esto Cortés creó fuentes de riqueza, construyó hospitales y hospederías, y “erigió bastiones para defender la cultura” (pág. 5). También aflora el humanismo en él cuando da a “conocer en Europa la riqueza de las artes plásticas del México antiguo” (pág. 6).

Pese a todo lo anterior, no puedo seguir a Rafael Heliodoro Valle cuando afirma que el César no entendió el vasto plan civilizador de Cortés (pág. 7). Esta es aseveración que hace el autor de modo conjetural sin aducir las pruebas suficientes. No hay derecho de decir que Carlos V no entendiera el plan del conquistador de México por tener solamente 21 años y por estar lejos del escenario de los acontecimientos (pág. 8): nadie se ha atrevido a negar hasta ahora el genio del Emperador, manifestado desde la primera juventud, ni la abundancia y exactitud de su información. En este punto, el autor del libro se aparta del método tomista que dice seguir, inclinándose al lado de los que alaban a ciegas al Marqués del Valle. Tampoco merece ser tomada en serio la afirmación del escritor hondureño, según la cual, “si la curiosidad del Rey hacia América se hubiera afirmado desde entonces, el centro de gravedad del imperio se habría movido hacia alguna de las zonas de los acontecimientos americanos” (pág. 8). No creo que se deban formar hipótesis sobre lo que pudo suceder si el curso de la historia hubiera sido distinto del que en realidad fue. Esto indudablemente es abrirle las puertas a “la loca de la casa”, con las deplorables consecuencias que podemos esperar.

No obstante, es mérito de Rafael Heliodoro Valle, y muy grande, el haber continuado inteligentemente el estudio de las cartas de Cortés, ya iniciado por Vargas Ponce, Juan Bautista Muñoz, Lucas Alamán, William Prescott, Pascual de Gayangos, Enrique de Vedia, Joaquín García Icazbalceta, Harrise, H. H. Bancroft, J. Toribio Medina, H. R. Wagner, Beatriz Arteaga, Guadalupe Pérez, Manuel Alcalá, Antonio Palau y Dulcet (pág. 21) y varios otros.

La correspondencia de los conquistadores centro y suramericanos constituye una copiosa fuente de información histórica y literaria de gran valor. Es un tesoro por desenterrar, que ha de ofrecer algún día grandes joyas. En este sentido, las bibliografías relativas a tales cartas prestan grandes servicios y, por eso, la obra de Rafael Heliodoro Valle es un ejemplo digno de imitarse en todas las naciones hijas de España. Entre nosotros, las cartas de Bastidas, Heredia, Belalcázar, Jiménez de

Quesada y muchos otros, claman por sendas bibliografías, como puntos de partida de estudios biográficos verdaderamente serios y completos. La correspondencia de estos conquistadores, estudiada como se debe, dará lugar a la revaluación de su cultura y de sus méritos y defectos; y será fundamento sólido para juzgar desapasionadamente a la España humanizante y civilizadora que engendró a tales varones.

España y las naciones suramericanas dejaron los documentos de su historia dispersos en distintos lugares. Así vemos en la obra de Rafael Heliodoro Valle cómo las cartas de Cortés quedaron esparcidas por Méjico, Lima, París y Viena. Los investigadores las han buscado en los archivos históricos y bibliotecas de estas naciones, pero aún no han sido halladas en su totalidad. Esta búsqueda es otro de los ejemplos que nos ofrece la obra en que me ocupo, y que debe imitarse también en Colombia.

Ya José Manuel Rivas Sacconi en su obra *El latín en Colombia* había probado que “el humanismo llega a América, como un reflejo de la sociedad europea del siglo xvi, con los hombres que llevan el peso del descubrimiento, conquista, población y gobierno del continente [...]”². No extrañe, por tanto, que yo crea — como lo he dicho ya — que el Marqués del Valle era un humanista: su estilo es elegante y digno del Renacimiento. También vemos que las conclusiones a que Valle llega en el estudio de las cartas cortesianas confirman en absoluto la tesis de Rivas Sacconi (pág. 19). Ni es, pues, extraño que Cortés hubiera sabido darle el valor que se merecía al arte precolombino de Méjico, como lo anota el escritor hondureño cuando escribe: “sobre las ruinas de México antiguo, supo conservar, para admiración de la posteridad, las huellas de muchos de los testimonios de la cultura precolombina que perpetúan el arte de uno de los pueblos que han elaborado formas originales de belleza” (pág. 15). Ésta es una confirmación más de la tesis, que afortunadamente ya se está imponiendo, de que los conquistadores no fueron destructores y sí constructores de civilización. No es tampoco extraño, en consecuencia, que Francisco Antonio Lorenzana, Vedia y William Prescott compararan el estilo de la correspondencia de Cortés con el de los *Comentarios* de Julio César, como lo anota también el autor de esta bibliografía (pág. 17), pues el conquistador de Méjico, repito, era un heredero del ambiente humanista de España.

Disiento igualmente de Valle cuando afirma que “ninguno de los exploradores y conquistadores del siglo xvi — ni el licenciado Jiménez de Quesada, más letrado que Cortés — escribió con tal desenfado, y el número de las ediciones que ha tenido en diversos idiomas basta para exaltar los méritos de sus cartas” (págs. 16-17). La comparación de los estilos de Cortés y Quesada no se puede hacer sin previo estudio

² JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI, *El latín en Colombia: Bosquejo histórico del humanismo en Colombia*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1949, pág. 1.

de las obras de ambos; y los escritos del fundador de Bogotá, con excepción del *Antijovio*³, del *Epítome de la conquista del Nuevo Reino de Granada*, de las *Indicaciones para el buen gobierno* y de la *Memoria de los descubridores y conquistadores que entraron conmigo a descubrir y conquistar este Nuevo Reyno de Granada*⁴, no son aún conocidos.

Pero volviendo a la tesis de Rivas Sacconi, arriba apuntada, los conquistadores trajeron a América el humanismo de que se impregnaron felizmente en España. ¿Será demasiado pensar que ésta fue la causa del acierto con que obraron aun en materias de guerra y colonización? No es el primer caso que entre humanistas hayan surgido grandes generales. Los conquistadores están, pues, en el caso de los generales que, salidos del humanismo, fueron los constructores de una civilización en que predomina el culto de las letras clásicas. Por este aspecto, todos, sin excepción, son grandes figuras de la historia, a quienes debemos admiración y respeto.

Refiriéndonos ahora a la disposición general de la obra de Rafael Heliodoro Valle, digamos que consta de dos partes: un estudio preliminar sobre Cortés, y la bibliografía hecha en orden cronológico. En cuanto al estudio, observamos que no se aprovechan en él multitud de datos allegados sobre Cortés, a pesar de que el autor debe conocerlos con profundidad y extensión suficientes para relacionarlos con otras circunstancias cortesianas. Hubiera podido explotar, pongamos por caso, la carta de Carlos V a Hernán Cortés, en que el Emperador se declara satisfecho con los servicios del Marqués del Valle en la Nueva España (pág. 176), para hacer ver cómo el César sí apreciaba los planes civilizadores del conquistador. Esta carta se opone a una afirmación de Rafael Heliodoro Valle, que ya expuse y juzgué atrás. También hubiera podido éste aprovechar la carta de contestación de Carlos V a Hernán Cortés para hacer ver la sabiduría con que resolvían en la corte imperial los asuntos llamados de "Indias", con visión superior a la de los conquistadores a quienes se dirigían (pág. 147). Tanto el César como el conquistador impregnaron de su espíritu el monumento legislativo llamado *Las nuevas leyes*, en cuya formulación ambas cartas influyeron. El desarrollo apropiado de cualquiera de estos dos temas que aduzco como ejemplo, le hubiera añadido muchos méritos al estudio preliminar. Pero su autor prefirió las sendas agra-

³ Esta obra fue publicada por primera vez por el Instituto Caro y Cuervo. Véase: GONZALO JIMÉNEZ DE QUESADA, *El Antijovio*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1952.

⁴ Cf.: RAFAEL TORRES QUINTERO, *Bibliografía de Gonzalo Jiménez de Quesada*, en *El Antijovio*, págs. 133-184. Allí se afirma que "la bibliografía de don Gonzalo Jiménez de Quesada presenta para su esclarecimiento completo dificultades excepcionales, porque las obras del Mariscal han desaparecido casi en su totalidad o son sólo conocidas por referencias a veces contradictorias".

dables de la retórica, y alabar a todo trance a Cortés, sin fundar con solidez sus elogios.

Pero si el estudio preliminar que comento no está a la altura de las capacidades de quien lo escribió, la bibliografía me parece obra seria y precisa, que como todas las de su género, será fecunda en resultados. A ella tendrán que acudir todos los biógrafos de Cortés, como a fuente obligada de información. Además, el crítico literario hallará en ella el camino seguro para llegar al conocimiento del estilo y de los grandes alcances humanistas del conquistador de Méjico. Asimismo, gracias a esta bibliografía se podrá comenzar a determinar el influjo de las obras de caballerías y otros influjos novelescos que obraron en el Marqués del Valle, y hasta podría servir para iniciar el estudio del trasplante del romance español a Méjico, tema fecundísimo en consecuencias. Pues no se debe olvidar aquí que Cortés se complacía en usar romances para amenizar su conversación⁵. Pero aún cobra mayor valor este trabajo en cuanto puede conducir al conocimiento del concepto de justicia que tenía Cortés, y a su manera peculiar de aplicarla. Pues la conciencia moral de los conquistadores es un tema sobrado incitante para quienes somos descendientes de la raza hispánica, cuya hidalguía y probidad nos honra.

FERNANDO CARO MOLINA.

Instituto Caro y Cuervo, Bogotá.

⁵ BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, *Conquista de Nueva España* (B. A. E. R., XXVI), pág. 31, cit. por JORGE PÁRAMO POMAREDA, *Romances viejos en Juan de Castellanos?*, en *Revista Cultura* (Tunja), número 96 (abril de 1947), págs. 47-50.